2 - 471 - 17

Dup.

TRAVESURAS AMOROSAS,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MARIANO CAPDEPON,

MUSICA DE LOS MAESTROS

D. MANUEL Y D. TOMÁS FERNANDEZ.

PRECIO: SEIS REALES.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

TRAVESURAS AMOROSAS,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MARIANO CAPDEPON,

MUSICA DE LOS MAESTROS

D. MANUEL Y D. TOMÁS FERNANDEZ.

Representada por primera vez en el Teatro y Circo de Madrid,
la noche del 27 de Julio de 1871.

Al distinguido actor D. Manuel Osorio
en prueba de amistad
El Autor

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA	D.ª Marcelina Cuaranta.
CAMILA	Concepcion Baeza.
DON CÉSAR	D. Rosendo Dalmau.
DON JUAN	Modesto Landa.
DON PEDRO	Julian Jimeno.
GIL	Luis Carceller.
BLAS	Salvador García.
UN CABALLERO	Mariano Albert.
UN ALGUACIL	Juan Veltri.

Caballeros, alguaciles, criados de D. Pedro, coro general.

La escena en Madrid, siglo XVII.

Nota. Para obtener la partitura de esta obra, se pedirá exclusivamente á D. José de Campo y Castro, en Madrid, calle de Cádiz, núm. 16, al precio de de 140 rs.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. *Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS DISTINGUIDOS MAESTROS

COMPOSITORES

DON MANUEL Y DON TOMÁS FERNANDEZ

En testimonio de aprecio,

El Autor.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5348

720890

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/travesurasamoros00fern_0

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza: á la derecha una calle; á la izquierda otra calle que se dirige al fondo. En esta calle está la casa de D. Pedro, con puerta y reja practicables. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece D. CÉSAR solo, delante de la casa de D. PEDRO.

MUSICA.

CORO. (Dentro.) La noche de San Juan
es noche de locuras,
de alegres aventuras
que incitan al amor.
Marchemos sin afan,
sin duelos ni querellas:
nos brindarán mil bellas
placer embriagador.

CESAR. ¡Todos alegres gozan
mientras suspiro yo!
No escuchará mi Aurora
mis cánticos de amor!

—

Como vuelve á su nido

la golondrina,
Á tí vuelvo, mi Aurora,
luz de mi vida;
porque te amo,
como la golondrína
ama el verano.

—

Y sigue á mis cantares
cerrado su balcon...
tal vez á mis amores
cerró su corazon...

—

Por qué? por qué no escuchas
mi canto amante?
los suspiros de un alma
que muerta yace?
Muerta, alma mia,
que sin tu amor no tiene
ni luz ni vida.

—

CORO. (Saliendo por la calle de la derecha.)
La noche de San Juan, etc.

—

Don Cásar! qué miro!
CESAR. Amigos, llegad. (Abrazándoles,)
CORO. ¿Dejásteis la guerra?
CESAR. Dejé por mi mal
la vida azarosa.
CORO. Y sois...
CESAR. Capitan.
CORO. De tantas fatigas
el premio os dará,
Aurora, la bella
de célica faz.

—

CESAR. En su lecho indiferente
ella escucha mi cantar,
y en mí pecho de repente
mil sospechas entran ya.
Qué inconstante es la mujer,
y es ingrata y desléal,
y quizá por otro amante

tanto amor olvidará.
CORO. Es la verdad.
Inconstante es la mujer, etc.

HABLADO.

CAB. 1.º Don César, por vida mia,
dad al olvido la pena,
que vuestro pecho envenena,
que esta noche es de alegría.
CESAR. ¡Ay amigos! quién pudiera
olvidar esta pasion!
CAB. 1.º Pero dudais sin razon
de Aurora.
CESAR. ¡Al cielo pluguiera!
Al escuchar mi querella,
llena de melancolía,
á la ventana salía
amante mi Aurora bella.
Allí en coloquios de amores
la noche entera pasaba,
y tanto afecto premiaba
con mil lícitos fayores.
Pero sin duda envidiosa
de verme tanto gozar,
la ausencia vino á turbar
mi existencia venturosa.
Partí á Flandes, que allí ardia
con los herejes la guerra,
y dejé en mi amada tierra
toda la esperanza mia.
Y al ir, cual cumple á mi honor,
á combatir por la fe,
eterno amor le juré
y juróme eterno amor.
Dos años de inmenso afan
ausente de ella he pasado,
y mi valor ha alcanzado
la banda de capitan.
CAB. 1.º Alto honor.
CESAR. Lo codicié

para hacerme digno de ella;
pero mi fatal estrella
turbó mi dicha.

CAB. 1.° Por qué?
Algun suceso quizás...

CESAR. Me escribió la ingrata mia,
una carta que decia:
Venid, venid. Nada más.

CAB. 1.° Extraña carta.

CESAR. Sí, extraña:
hizo vacilar mi fe,
y al punto determiné
dar la vuelta para España.
Tres meses han trascurrido
desde entónces hasta hoy;
al pie de su reja estoy
cual siempre amante rendido,
y ella en tanto indiferente
oye mi tierno cantar...
¿Habrá podido olvidar
aquella pasion vehemente?

CAB. 1.° Es posible.

CESAR. Y si olvidó
mi amor y mis juramentos,
si son mis presentimientos
ciertos, ¿por qué me escribió?—
No sé, no sé qué pensar
de aquel escrito.

CAB. 1.° Es mejor
dar tregua á vuestro dolor,
divertiros y gozar.
La velada de San Juan
es velada de placer,
y vais por una mujer
á perderla, capitan?

CESAR. Sí, amigos.

CAB. 1.° Venid.

CESAR. No, no;
al pie de su celosía
hasta que despunte el dia
centinela he de ser yo.

CAB. 1.° Adios pues.

CÉSAR. Adios!

(Váse el coro por la calle de la izquierda y salen por la derecha Aurora y Camila con mantos.)

ESCENA II.

AURORA, CAMILA, D. CÉSAR.

AUR. ¿Nos siguen?
CAM. Nos siguen, pero están léjos.
AUR. Entónces en nuestra casa,
Camila, tomemos puerto
ántes que vuelva mi padre.
CAM. Es lo mejor... mas qué veo?
(Se dirigen á la calle en que está D. César y al verle se detienen.)
AUR. Qué pasa?
CAM. Diviso un hombre
en nuestra calle.
AUR. Esperaremos
que se aleje.
CAM. Pues entónces
largo rato esperaremos.
AUR. ¿Por qué?
CAM. Porque por lo visto
no piensa marcharse.
AUR. ¡Cielos!
Si en tanto llega mi padre...
CAM. Eso tienen los enredos.
AUR. Pero un capricho...
CAM. Sí, sí,
sois caprichosa en extremo.
Mas si es verdad que no amais
al bizarro forastero,
y si es verdad que teneis
en Flandes los pensamientos,
¿á qué vienen estas citas?
estos nocturnos paseos?
Este andar siempre tapadas
y de vuestro padre huyendo?
Qué diria si supiese
el buen anciano don Pedro,

que mientras ronda de noche
las calles, con su cortejo
de alguaciles y corchetes
con sus deberes cumpliendo,
se entrega alegre su hija
á punibles devaneos?

AUR. Tambien habrá sido jóven.

CAM. Es verdad, pero ya es viejo.

AUR. Ademas, él mismo tiene
la culpa de todo esto.

CAM. ¿Cómo?

AUR. Ya sabes que há meses
concertó mi casamiento
con ese mismo don Juan,
el bizarro forastero.
Yo á don César escribí
que viniese, mas previendo
que quizás llegara tarde
porque Flandes está léjos,
quise retardar mi boda
con astucia y con ingenio.
Ya sabes tú lo que hice.

CAM. Sí, bien presente lo tengo.
Escribísteis á Valencia,
en donde habitaba...

AUR. Cierto.

CAM. Vuestro futuro, una carta
llena de amor y misterio...

AUR. Fingiendo que era otra dama,
y ha producido su efecto.
Esperando á mi don César,
dóile citas, le mareo...
Mas don César tarda tanto
y don Juan es tan discreto...

CAM. Mudanza?

AUR. No, más...

CAM. Aquí
están ya los forasteros.

AUR. Y el otro?

CAM. Sigue hecho un poste.

AUR. ¡Qué compromiso!

CAM. Me alegro.

AUR. Aproxímate, Camila,
y ruega á ese caballero
que se aleje un breve rato.
Importa que ignoren ellos
mi morada.

CAM. Voy.

AUR. Le dices
que yo á su nobleza apelo.

CAM. Entiendo. Señor galan...
(Camila se dirige á D. César, al reconocerle retrocede sorprendida y él la sigue.)

CESAR. Hablas conmigo?

CAM. Sí... (¡Cielos!)

CESAR. Adónde vas? por qué huyes?

CAM. (Don César!)

CESAR. (Aquí hay misterio.)

CAM. (Señora, estamos perdidas, (Ap. á Aurora.)
es César.)

AUR. Cómo?

ESCENA III.

DICHOS, D. JUAN y GIL por la derecha.

JUAN. Vinieron
hácia aquí...

AUR. (Ap. á Camila.) (Dices que es César?)

GIL. Y aquí están á lo que infiero. (Á D. Juan.)

CESAR. Tapada, por qué me huyes? (Á Camila.)
(Mas... un galan... ah, sospecho
liviandades de mi Aurora.)

CAM. El pastel se ha descubierto.

JUAN. Al fin sabré dónde vive.

GIL. ¡Un hombre, llueven enredos!

CANTO.

JUAN. Bella y gentil tapada,
descubre tu semblante,
que un corazon amante
por tí muriendo está.
Descubre de tus ojos

los bellos resplandores,
y estático de hinojos
verás á tu don Juan.

AUR. Si noble habeis nacido,
confio en la nobleza.

JUAN. Descubre tu belleza.

AUR. Mi traje respetad,
don Juan, y yo os prometo
que llegará algun dia
bien pronto en que el secreto
podreis averiguar.

CESAR. ¿Por qué sospecho,
que esa tapada
es mi adorada,
mi Aurora es?
¿Por qué en mi pecho,
fieros y horribles
celos teribles
siento nacer?

JUAN. Desconocida ingrata,
en vano resistís?

AUR. Mi traje respetad.

JUAN. El rostro descubrid.

(D. Juan intenta quitar el manto a Aurora, Don César lo impide.)

CESAR. Tal violencia,
en mi presencia
no consiento,
¡vive Dios!

AUR. Amparadme. (Á D. César.)

CESAR. Mas primero
saber quiero
quién sois vos.

AUR. No es posible.

CESAR. ¡Qué sospecha!

AUR. (Qué terrible
situacion.)

JUAN. Embozado
misterioso,
sois osado.

CESAR. Noble soy.

AUR. Protegedme.

CESAR. Mas primero
saber quiero
quién sois vos.

—

Sí que el alma, de celos herida,
duda y teme saber la verdad:
yo os ofrezco mi espada y mi vida,
mas el rostro á mí solo mostrad.

AUR. No es posible, me importa el secreto,
respetad de una dama el disfraz,
defended mi disfraz, y os prometo
que sabreis, que sabreis la verdad.

JUAN. He de ver tu semblante hechicero,
aunque osado se oponga un rival:
que desnude valiente su acero
y su audacia sabré castigar.
(Desnudan las espadas.)

HABLADO.

AUR. Caballeros, si las súplicas
de una dama principal
pueden algo en vuestro pecho,
los aceros envainad.

CESAR. No es posible.

JUAN. Ni yo quiero
su castigo dilatar.

AUR. Mas... señores... (Riñen D. Juan y D. César.)

CAM. Pronto, á casa...
(Asiendo á Aurora de una mano.)
Mientras riñen...

AUR. Qué ansiedad!
(Al dirigirse á su casa Aurora y Camila aparece por el fondo de la calle D. Pedro con la ronda.)
¡Mi padre!

ESCENA IV.

DICHOS, D. PEDRO, ALGUACILES.

PEDRO. Pronto, prended

á los que riñendo están.

ALG. 1.º Señores... (Á D. César y D. Juan.)

JUAN. ¡Atrás, canalla!

PEDRO. Resistencia! ¡voto á san!...

GIL. (Señor, que es la ronda, ved.)

CESAR. (Es don Pedro!...) Dispensad. (Á D. Pedro.)
Yo respeto la justicia...
(Envainan las espadas.)

JUAN. Y yo tambien... pero...

CESAR. Mas...
Asísteme la razon.

JUAN. Ella de mi parte está!

AUR. (Ap. á Camila.) Si pudieramos huir...
ven, Camila! (Se dirigen á su casa.)

JUAN. Á dónde vas?

ALG. Esta tapada, don Pedro
podrá el enredo explicar.

AUR. (Dios mio! si me conoce...)

PEDRO. Es cierto, señora, hablad.

AUR. Es el caso que á este sitío
seguida de ese galan
llegué, y él quiso atrevido
ver descubierta mi faz:
mas llegó este caballero
y noble quiso tomar
mi defensa.

PEDRO. Sí, comprendo,
todo lo comprendo ya.—
Caballero descortés, (Á D. Juan.)
que á las damas ultrajais,
retiraos, y en adelante
sed más noble.

JUAN. Dispensad:
mas sospecho que esa dama
es mi hermana, por lo cual
ántes de partir de aquí
he de saber la verdad.

AUR. (¿Qué intenta?) (Ap.)

PEDRO. No me replique; (Á D. Juan.)
y vos tambien despejad. (Á D. César.)

CESAR. Es que yo también sospecho
que es mi hermana.

PEDRO. (Con sorpresa.) Cómo...
AUR. (Ap.) (Hay tal
mentira?)
PEDRO. (Á Aurora.) ¿Vos qué decís?
AUR. (Ap.) Pues mintamos.
(Á D. Pedro Ap.) Que es verdad.
Soy su hermana...)
PEDRO. (De los dos?)
AUR. (Yo de este: pero aquí está
esta amiga, que tambien
se halla en compromiso igual,
porque es hermana del otro:
protegednos)
PEDRO. (¡Vaya un par!)
Señores, cumplid mis órdenes.
JUAN. Respeto á la autoridad.
CESAR. Yo tambien.
(Á D. Juan en tono amenazador.) Volveré.
JUAN. (Y yo.)
PEDRO. Id con Dios.
JUAN. Debe habitar...

ESCENA V.

AURORA, CAMILA, D. PEDRO, ALGUACILES.

PEDRO. De vuestros perseguidores.
señoras, libres estais,
decidme donde morais
y os daré escolta.
AUR. Favores
tales pagar no podré,
señor don Pedro.
PEDRO. ¿Mi nombre
sabeis?
AUR. Sí. porque sois hombre
muy conocido.
PEDRO. Sí á fe.—
Mas levantad ese manto
y mostrad la hermosa faz.
AUR. No puedo.
PEDRO. ¿Por qué?
AUR. Quizás

el verla os causara espanto.
PEDRO. Nunca espantó la belleza.
AUR. Que soy bella quién os dijo?
PEDRO. De vuestra voz lo colijo,
y aun lo afirmo.
AUR. No es cordura
afirmar nada sin ver,
que es la mujer toda engaño.
PEDRO. Así hablais en vuestro daño?
(¡Que me place esta mujer!)
Mas os estoy molestando
sin duda.—¿Donde morais?
AUR. Dispensad.
PEDRO. Qué? me ocultais
á mí?...
AUR. Sí, seguid rondando,
que yo sola volveré
á mi casa.
PEDRO. No señora,
¡dejaros sola á tal hora!
AUR. Señor, no me perderé.
PEDRO. Mas vuestra amiga.
AUR. Tampoco.
PEDRO. No espereis de mi nobleza
que deje tanta belleza...
AUR. Já! já! belleza! estais loco?
somos viejas.
PEDRO. No lo creo.
Esa voz y ese ademan...
AUR. Tal vez os engañarán.
PEDRO. (Me engañará mi deseo?)
Quereis, y yo no me opongo,
vuestra morada ocultar;
más yo no os puedo dejar.
AUR. Por qué?
PEDRO. Ved lo que os propongo.
Vivo aquí cerca.
AUR. ¿De veras?
Pues no lo sabía.
PEDRO. Sí,
vivo con mi Aurora allí,
que es un ángel.

CAM. (Si supieras!)
PEDRO. Quereis en mi casa entrar?
respetaré vuestro manto.
si así lo exigís, y en tanto
yo volveréme á rondar.
Vuestro honor está seguro
del que es noble en la morada;
no temais, bella tapada.
AUR. ¿Respetaréisme?
PEDRO. Lo juro.
AUR. Acepto reconocida
tanto favor.
PEDRO. Y yo espero
que á este noble caballero
sabreis ser agradecida.
AUR. Lo seré.
PEDRO. ¿De veras?
AUR. Sí.
PEDRO. ¿Por ventura me estimais?
AUR. Áun más de lo que pensais.
PEDRO. (Qué dice! no estoy en mí!
qué ventura y qué aventura!)
Que nunca sepa mi Aurora
esta aventura, señora.
porque es tan jóven y pura,
tan inocente y sencilla,
que desconoce el amor.
y conserva aún el candor
de niña.
AUR. Sí? ¡pobrecilla!
PEDRO. Venid, pues, por dicha mia,
mi casa os sirve de puerto,
y quizás mañana...
AUR. Cierto;
mañana... será otro dia.
(Entran en casa de D. Pedro Aurora y Camila: aquel, que las habrá acompañado hasta la puerta vuelve á la escena.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, ALGUACILES.

PEDRO. (Que me place esta mujer!
Ya queda en casa guardada.
Ah! misteriosa tapada,
Dáisme mucho en que entender.)
Muchachos, siga la ronda,
pues esta noche es preciso
tener mucha vigilancia,
sobre todo, en este sitio;
porque es fácil que aquí vuelvan
los galanes consabidos,
y pudiera haber pendencia
si pronto no intervenimos.
Vamos, y ojo alerta.

ALGS. Vamos.

(Vánse por la derecha. D. César y Blas aparecen por el fondo izquierda, y se detienen delante de la casa de D. Pedro.)

ESCENA VII.

D. CESAR y BLAS.

CESAR. Ciego amor por quien deliro,
por qué llenaste mi mente
de pensamientos sombríos,
y el corazon de sospechas,
y de dudas el espíritu?
¿Por qué renuevas en mí
mi amoroso desvarío?
¿Por qué me traes á ser
de mi desdicha testigo?

BLAS. ¿Pero qué buscais, señor?

CESAR. Busco el alma, que he perdido;
el corazon, que me falta.

(Abre Aurora la reja.)

ESCENA VIII.

DICHOS, AURORA en la reja.

CESAR. Blas?
BLAS. Señor?
CESAR. Dí; ¿no has oido
su rumor?...
BLAS. Nada escuché.
CESAR. En la reja...—Dueño mio...
AUR. ¿Eres tú, mi bien?
CESAR. Aurora,
yo soy el amante mísero
que llegué buscando amores
y celos hallé.
AUR. ¿Qué has dicho?
Celos?
CESAR. Celos y temores.
AUR. Pues qué temes?
CESAR. Tu desvío.
AUR. ¿Qué sospechas?
CESAR. Tus mudanzas.
AUR. Eres injusto conmigo.
CESAR. ¿Por qué?
AUR. Porque firme soy.
CESAR. Ah! quizás me has ofendido.
AUR. Yo, don César, que por tí
sufrí tan rudo martirio...
CESAR. Qué dices?
AUR. Oye; mi padre
concertó con un amigo
mi matrimonio.
CESAR. ¡Qué escucho!
(Siguen hablando en voz baja y salen por la derecha D. Juan y Gil.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN y GIL.

JUAN. Gil, no sosiego ni vivo
hasta ver de la tapada

el semblante peregrino.

GIL. Pero señor, ¿es posible
que andeis sin haberla visto,
de ese modo?

JUAN. Qué me importa
si su belleza adivino?
Y ademas, ese misterio
que la envuelve... aquel escrito...
No puedo olvidar su extraño
misterioso contenido.
«Sé qne á la córte venís
»y que casaros quereis,
»mas ántes ved lo que haceis
»y mirad cómo cumplís
»lo que amante prometeis.
»Cuando llegueis á Madrid,
»sin ver á Aurora, acudid
»al templo de la Victoria,
»y allí con vuestra memoria
»vuestros recuerdos reunid.
»Os esperará á su puerta
»al toque de oracion
»una mujer encubierta,
»que os ama de corazon,
»y que está de celos muerta.»

GIL. Y no conoceis, señor,
que todo es un embolismo?
que será alguna buscona?

JUAN. No digas tal.

GIL. Bien, no digo;
mas por qué oculta su rostro?

JUAN. Duda del afecto mio.

GIL. Y la amais?

JUAN. Y tengo celos
terribles.

GIL. (Le falta el juicio.)

JUAN. Por eso vuelvo á esta calle,
de mis celos impelido,
á buscar al caballero
que me impidió... más, qué miro!
¿No ves un hombre?

GIL. Si veo,

y aun dos.

BLAS. Pienso que distingo
dos hombres.—Señor, señor, (Á D. César.)
gente viene.

CESAR. Intempestivo
encuentro!... Retírate
mientras que yo...

AUR. Me retiro;
mas ¿quedas desenojado?

CESAR. Y amándote.

GIL. ¡Nos lucimos!

ESCENA X.

DICHOS menos AURORA.

CESAR. Caballero...

JUAN. Caballero...

CESAR. Supongo que sois...

JUAN. El mismo.

CESAR. Pues entónces renovemos
el pasado desafio.

JUAN. Es verdad.

BLAS. Yo con mi amo
estoy.

GIL. Y yo con el mio.
(Quién me mete á ser valiente!)
(Riñen D. César, Blas y D. Juan.—Gil desenvaina la espada y la esgrime desde léjos.)

BLAS. ¡Muerto soy! (Cayendo.)
(Aparecen algunos alguaciles por la derecha.)

GIL. ¡Cielos divinos!
La justicia y hombre muerto!

JUAN. ¡Huyamos!
(D. Juan y D. César se van por la derecha acuchillando á los alguaciles. D. Juan deja caer su forreruelo; Gil se dirige por la izquierda, y como ve llegar á D. Pedro y la ronda, retrocede.)

GIL. Estoy perdido,
Huyamos... pero por dónde?
¡Ay, me han cerrado el camino!
¡Ay, Gil! mañana te ahorcan!

Pues finjamos no estoy vivo,
(Déjase caer fingiéndose muerto.)

ESCENA XI.

GIL, D. PEDRO, ALGUACILES.

CANTO.

PEDRO. Por aquí fué la pendencia.
CORO. Lleguemos ya.
PEDRO. Si, serán los dos galanes.
CORO. Ellos serán.
Aquí hay un muerto.
PEDRO. Qué horror! qué horror!
CORO. Aquí hay otro hombre.
PEDRO. ¡Dos muertos!
CORO. Dos.
PEDRO. Ved si aún alientan.
(Algunos Alguaciles se acercan á Blas y Gil para reconocerlos; levantan á Gil y al decir «no alienta» le dejan caer de golpe. Gil lanza un grito.)
CORO. No alientan.
GIL. ¡Oh!!!
CORO. No está muerto.
GIL. Si estoy muerto.
CORO. ¡Asesino!
GIL. Permitid
que os explique...
CORO. No replique
y á la cárcel.
GIL. (¡Pobre Gil!)
Señor, señor, sed clemente;
acometido me ví,
fuí herido de repente
y cadáver me creí.
PEDRO. ¿Mas dónde está la herida?
GIL. Cómo, ¿la herida? (Confuso.)
CORO. Sí:
Sí, mientes, por tu vida!...
GIL. (No sé ya qué decir.)

CORO. Venid, venid,
bellaco, que en la cárcel
podreis mentir.

GIL. ¡Ay, Gil! Ay, Gil!
llegó de tu existencia
el triste fin.

(Los Alguaciles quieren llevarse á Gil, este pugna por desasirse: todos le observan como buscando la herida.)

No dudeis, porque mi ropa
no veis agujereada
es, señores, que en la boca
me clavaron la estocada.

PEDRO. Basta de chanzas!
diga quién es,
diga al instante.

GIL. Yo no lo sé.

CORO. Pues á la cárcel.

GIL. Señores, ved...

ALG. 1.° Un ferreruelo...
cayó un papel.

(Levantando el ferreruelo de D. Juan del cual cayó un papel.)

PEDRO. Mostrad; su nombre
sabremos.

CORO. Leed.

(Entregan el papel á D. Pedro, uno de los Alguaciles acerca la linterna para que D. Pedro pueda leer.)

RECITADO.

PEDRO. Cómo! es verdad lo que veo?
Sois vos? sois vos?

GIL. Sí.

PEDRO. Sois vos?

GIL. ¿Pues quién he de ser?

PEDRO. ¡Por Dios!
¡Lo estoy viendo y no lo creo!

GIL. (¡Perdió el juicio!)

PEDRO. De mi Aurora.
el esposo prometido,

don Juan Mendoza...

GIL. (¡Qué he oido!)

PEDRO. Venid, descansad ahora...

GIL. Don Pedro...

PEDRO. Pierdo la calma
con tanta satisfaccion.
Hijo de mi corazon.
(Tendiéndole los brazos.)

GIL. Padre mio de mi alma. (Se abrazan.)

CORO. Viva! viva el mancebo gentil!

GIL. (Oh, qué chasco se van á llevar!)

CORO. Viva! viva el esposo feliz,
que de Aurora el amor gozará!
(Todos se dirigen á casa de D. Pedro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala con puerta al fondo que comunica con el exterior: dos puertas á la izquierda y otra á la derecha. Á la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, sola.

CANTO.

Siente el alma una zozobra
que explicar no puedo yo:
si mi César sigue amándote,
¿porqué sufres, corazon?

De su mirada amante
al plácido fulgor
renace el dulce fuego
de mi primer amor.
Amor! Amor hermoso!
De mi existencia luz,
tú eres mi dicha toda,
toda mi gloria tú.

ESCENA II.

DICHA y CAMILA.

HABLADO.

CAM. Señora?
AUR. Qué?
CAM. Mi señor
hablando está con el fámulo
de don Juan.
AUR. (Con sorpresa.) Cómo? qué dices?
CAM. Que yo le he visto en su cuarto.
AUR. En el cuarto de mi padre?
CAM. Y con mucho desenfado
tratándole como á igual.
AUR. Camila, te estás burlando?
En verdad que estos enredos
tanto se van enredando,
que acabarán con mi juicio.
CAM. Yo pienso que ya acabaron.
AUR. Y cuando mi padre sepa
que no existe la del manto...
CAM. Que á la postre se sabrá. .
AUR. Y fué dicha el encontrarnos
con él, porque por lo pronto
del peligro nos libramos.
CAM. Pero... ¿nada os dijo?
AUR. Nada:
desde anoche no le he hablado:
de su cuarto no salió.
CAM. Como está con el bellaco
de Gil...
AUR. Qué será?
CAM. No sé.
AUR. Si don Juan desesperado,
olvidando á la tapada
vendrá á demandar mi mano...
CAM. Es fácil.
AUR. Pues es preciso
á toda costa evitarlo.

(Siéntase Aurora y escribe precipitadamente.)
Busca á don César al punto,
dile que ansiosa le aguardo...
y despues das á don Juan
este billete. (Le da una carta.)

CAM. Pensadlo,
pensadlo, ved lo que haceis.

AUR. Amor es ciego y yo amo.
(Con resolucion. Váse Camila por el foro.)

ESCENA III.

AURORA, D. PEDRO.

AUR. Mi padre llega.

PEDRO. Hija mia...

AUR. Padre y señor... (Con gazmoñería.)

PEDRO. Un abrazo!

AUR. Pues qué ocurre?

PEDRO. Dame albricias
por la nueva que te traigo.

AUR. Hablad, estoy impaciente,
qué sucede?

PEDRO. Que ha llegado
tu prometido y está
en casa.

AUR. ¿Cómo?

PEDRO. En mi cuarto
para ofrecerte su afecto
tu licencia está esperando.

AUR. ¡Conque llegó! (Con indiferencia.)

PEDRO. Sí, llegó.

AUR. Lo ignoraba.

PEDRO. Me hago cargo...
Mas parece que te aflige
la noticia.

AUR. Y no es extraño,
porque nunca de un galan
las palabras he escuchado.

PEDRO. Con tal esmero, hija mia,
tus padres de tí cuidaron,
que desconoces el mundo

y tienes ya veinte años.

AUR. Ni deseo conocerlo,
porque dicen que es tan malo!...
Y dicen que por amores
hay mil pendencias y escándalos.

PEDRO. Es verdad;... más quién te ha dicho?...

AUR. Hace un momento que entrando
en ese cuarto, una dama
hallé, cubierta de un manto.

PEDRO. ¿Una dama? si eran dos.

AUR. Una nada más.

PEDRO. (¡Es raro!)
Y la hablaste?

AUR. Sí.

PEDRO. Lo siento,
porque te habrá revelado
los misterios de la vida,
que ignora tu pecho cándido.—
Mira: esa dama la hallé
anoche, pidióme amparo
porque andaba... extraviada
por las calles.

AUR. Sí; ya caigo:
será forastera.

PEDRO. Pues...

AUR. Y por las calles andando,
se perdió...

PEDRO. Precisamente.
La traje á casa entre tanto
que como alcalde averiguo
dónde mora...

AUR. Y es un pasmo
de belleza.

PEDRO. Qué? la viste?
Quizás levantóse el manto?

AUR. Á mis ruegos accediendo,
descubrió su rostro pálido...

PEDRO. (No lo dije!... si la pinta!)

AUR. Más que una azucena blanco.

PEDRO. Y sigue en ese aposento?

AUR. Sigue, porque habeis mandado
que no la dejen salir

de casa.

PEDRO. Sí, cierto: en tanto
que no la entregue á su padre,
á su tutor... á su hermano...—
Escucha: dile que salga,
á ver si así averiguamos
dónde vive... (y si consigo
ver ese rostro bizarro.)

AUR. (Desde la primera puerta de la izquierda.)
Señora?... salid, señora...—
No responde.

PEDRO. Pues es raro...—
Entra.

AUR. Señora...
(Entra en el cuarto y vuelve á salir.)
No está.

PEDRO. ¡No está! (Con sorpresa.)

AUR. Se fué, voló el pájaro.

PEDRO. No es posible, no es posible,
si ya sabes mi mandato;
por la puerta no ha salido.

AUR. Estará en casa.

PEDRO. ¡Qué chasco!

AUR. Busquémosla, pues.

PEDRO. Busquémosla:
Yo con todos los criados
he de registrar la casa.—
Vamos á buscarla.

AUR. Vamos.
(Váse D. Pedro seguido de Aurora, al llegar ésta a la puerta, entra Camila y la detiene.)

ESCENA IV.

AURORA, CAMILA.

CAM. Señora?

AUR. Camila?

CAM. Oid.

AUR. Qué?

CAM. Malas nuevas os traigo.

AUR. ¿Por qué?

CAM. Porque está don Juan
de vuestros enredos harto.
AUR. Pero le has visto?
CAM. Le he visto,
y la carta le he entregado.
AUR. No lo comprendo.
CAM. ¿Por qué?
AUR. Porque está en casa esperando
licencia para...
CAM. No es cierto.
AUR. ¿Qué dices?
CAM. Que os engañaron.
AUR. Mas si mi padre me ha dicho...
CAM. Pero si yo misma acabo
de dejarle en su posada,
furioso, desesperado,
diciendo que ya detesta
á la tapada del manto,
y que resuelto se halla
á venir por vuestra mano.
AUR. Y don César?
CAM. En la calle
vuestros balcones rondando,
hasta que don Pedro salga
y entrarle en casa podamos.
AUR. Dios mio! no sé qué hacer.
CAM. Ni yo.

ESCENA V.

DICHAS y GIL por la derecha.

GIL. De esperar me canso.
(Mas qué miro! esta es mi dama,
es decir, la de mi amo.)
CAM. (El lacayo de don Juan.) (Ap. á Aurora.)
AUR. (Entiendes esto?) (Á Camila.)
CAM. (No.) (Idem.)
GIL. (Vamos,
estoy confuso, no sé
si descubrirme... si franco
el camino me dejasen,

porque siento un sobresalto...
aquel hombre que mató
mi señor... no me declaro.)

CAM. (Que meditabundo está.)

GIL. (No, no, la farsa sigamos.)
(Acercándose á Aurora familiarmente.)
Señora, ¿sois vos mi Aurora?

AUR. Cómo? qué decis? acaso
sois vos...

GIL. El mismo, el marido
que á Valencia os encargaron.

AUR. Don Juan Mendoza?

GIL. ¡Cabal!
Don Juan Mendoza me llamo.

CAM. Já! já! já!

GIL. De qué os reis?

CAM. ¡Es gracioso!

AUR. ¡Calla! (Á Camila.)

CAM. Callo.

AUR. Dispensad, señor don Juan,
sabeis lo que son criados,
siempre nécios.

GIL. ¡Por supuesto!
Los conozco demasiado.

AUR. ¿Cuándo llegasteis?

GIL. Ayer...

AUR. Necesitareis descanso.

GIL. Por esta razon, me veis
en tal traje...

AUR. Mas gallardo
así estais.

GIL. (Ap.) (Que bueno fuera
que yo le hubiera inspirado...)
Ay, Aurora! si el amor...

AUR. Qué decis?

GIL. Que si yo amo...

AUR. No entiendo.

GIL. No.

AUR. Nunca oí
hablar de amores...

GIL. Me pasmo...
Mas quién se casa, es preciso...

Nuestros padres concertaron...

AUR. Podeis hablar con mi padre,
yo sus órdenes acato—
Dispensad que me retire—
(Ven, Camila, que trazando
estoy otro enredo.

CAM. Sí?
¡Qué casualidad!)
(Vánse las dos por la izquierda.)

ESCENA VI.

GIL., despues D. PEDRO y CORO.

GIL. ¡Oh, amo
estúpido, que te dejas
esta mujer por un manto!

CANTO.

GIL. Álguien se acerca.
CORO. No está, no está.
GIL. Qué es lo que dicen?
CORO. No está, no está.

—

La casa registramos,
y nada, nada hallamos,
la puerta está cerrada
por donde la tapada,
por dónde se marchó!
PEDRO. Eso mismo digo yo.
GIL. Y yo, y yo.
PEDRO. Aquí quedó escondida
la hermosa fementida.
La puerta está cerrada,
¿por dónde la tapada
se fué?
GIL. Por el balcon.
PEDRO. Pierdo el tino,
no adivino
cómo pudo
de aquí huir.
Esa hermosa

misteriosa,
que es demonio
ó serafin.

CORO. Será bruja? será duende?
GIL. ¡Duendes hay! mísero Gil!
PEDRO. Es mujer de carne y hueso.
CORO. Pues por dónde pudo huir?
GIL. (Siento un susto
y un disgusto...
yo no quiero
estar aquí.)
¡Duendes! brujas!
¡Ay! de miedo
yo no puedo
ya vivir.

HABLADO.

PEDRO. Retiraos, y ojo alerta,
no salga mujer tapada
de casa, tened cerrada
constantemente la puerta.
GIL. (Si me pudiera escurrir...)
PEDRO. Porque no puedo creer
que lograse esa mujer
por los balcones huir. (Váse el Coro.)
Hasta despues, que impaciente
estoy.—Dispensadme vos.
GIL. Nos marcharemos los dos.
PEDRO. ¿Dónde vais?
GIL. Tened presente
que áun en la posada tengo
el equipaje.
PEDRO. He mandado
en busca de él á un criado.
Quedaos pues, que pronto vengo.

ESCENA VII.

GIL, despues AURORA.

GIL. Pues señor, hay tal afan?

Estoy casi prisionero;
yo me marcho, yo no quiero
más bromas.
(Se dirige á la puerta del foro, sale Aurora por la izquierda y le detiene.)

AUR. (Fingiendo la mayor agitacion.)
Don Juan, don Juan!
Adónde vais?

GIL. Si no voy.

AUR. ¡Oh, desdicha!

GIL. ¿Qué os apura?

AUR. Oh, desgracia!... oh, desventura!

GIL. Pero hablad... ¡confuso estoy!

AUR. ¡Hado funesto y terrible!
¡Terrible y funesto hado!

GIL. Mas señora, ¿qué ha pasado?

AUR. Lo sé todo y es horrible.

GIL. Mas ¿qué sabeis? acabad.

AUR. Teneis un lacayo.

GIL. Sí.

AUR. Si le cogen ¡ay de mí!
contadle en la eternidad.

GIL. ¡En la eternidad!!! me espanta...

AUR. Porque su crímen merece
horca.

GIL. ¡Cómo!! (Ap.) (Me parece
que me duele la garganta.)

AUR. Anoche á un hombre mató.

GIL. No es verdad, no, doña Aurora.

AUR. Lo sabe el juez.

GIL. Mas, señora,
¿lo sabrá mejor que yo?

AUR. El crímen está probado.

GIL. No puede ser.

AUR. Es muy cierto.

GIL. (Será verdad que le he muerto
y yo no lo habré notado?)

AUR. Evitad, si le estimais,
que la justicia le halle;
que no se asome á la calle,
que se esconda.

GIL. Me asombrais.

AUR. Y eso... que dicen...
GIL. ¡Qué afan!
AUR. Que fuísteis el delator
de Gil.
GIL. ¡Quién!... (Amo traidor,
ya te comprendo.)

ESCENA VIII.

DICHOS y CAMILA.

CAM. (Ap. á Aurora.) (Don Juan
está en casa.)
AUR. (Pues huyamos.)
Salvad á ese pobre Gil,
que aunque sea un hombre vil...
GIL. Sí... vil... ¡medrados estamos!

ESCENA IX.

GIL, D. JUAN, por el foro.

GIL. Vamos! si lo que me pasa...
Amo vil! pérfido amo!
Ya de hoy más don Juan me llamo.
JUAN. Cómo! Gil! tú en esta casa! (Con asombro.)
GIL. ¿Vos aquí?
JUAN. Quién te salvó?
Dime, Gil.
GIL. Yo Gil no soy,
y sabed que desde hoy...
JUAN. ¿Qué dices?
GIL. Yo no soy yo.
JUAN. Sin duda te has vuelto loco.
¿Qué quieres decir, menguado?
GIL. Ni yo soy vuestro criado
ni me llamo Gil tampoco.
JUAN. Perdono por esta vez
tu desacato inaudito.
GIL. Yo perdon no necesito.
JUAN. Mas...
GIL. Qué dijisteis al juez?
Lo sé todo; y si pensais

que yo me voy á callar,
que voy á dejarme ahorcar
sólo porque vos querais,
estais muy equivocado,
no lo sufro, no señor:
si sois vos el matador,
¿por qué he de ser yo el ahorcado?
Idos, pues no teneis nada
en esta casa que hacer.

JUAN. Y tú...

GIL. Tengo una mujer
que de mí está enamorada.

JUAN. Mas explícate.

GIL. No quiero.

JUAN. Pues ¡vive el cielo! truhan...

GIL. De hoy más me llamo don Juan,
de hoy más seré caballero.
(Váse por la derecha.)

ESCENA X.

D. JUAN.

Empieza á anochecer.

Aguarda... pero se fué...
y anda con tal libertad
por la casa... que en verdad,
lo que sucede no sé...—
Mas ¿cómo saber pretendo
lo que está pasando aquí,
si lo que me pasa á mí
yo mismo no lo comprendo.
De la tapada al amor
hoy para siempre renuncio;
mas si su nombre pronuncio
siento un interno dolor.
Íntima pena devora
mi corazon lacerado,
y es... que estoy enamorado...
mas... pensemos en Aurora;
que en verdad locura es

del que ciego ama y desea
amar quizás á una fea,
porque un manto...

ESCENA XI.

DICHO y AURORA con manto.

Sale Aurora por la izquierda y se acerca silenciosamente á D. Juan hasta estar á su lado.

AUR. Descortés.
JUAN. Cielos! ¿por dónde has entrado,
tapada embelecadora,
cuyos enredos me turban
y á mi pesar me enamoran!
¿Quién eres? dime, ¿quién eres?
que en mil confusiones locas
mi corazon sepultaste,
el alma dejando absorta?
Qué influjo sobre mí tiene
esa mirada alevosa,
que al través del negro manto
mi pecho abrasó traidora?
dime, ¿por qué me persigues?
por qué el sosiego me robas,
si es implacable á mis quejas
ese corazon de roca?
Si siempre has de ser enigma,
si á mi ruego has de ser sorda,
basta de citas y enredos
que á mi pesar me enamoran.
AUR. Impaciente caballero,
ingrato don Juan Mendoza,
que olvidando antiguo afecto
un nuevo amor ambicionas;
caballero deslëal,
que tan fácilmente borras
del corazon fementido
dulces y amantes historias;
que á una mujer que te ha amado
con toda el alma, que sola

esa pasion en su pecho
alimentó venturosa;
que por tí arriesgó su fama,
que puso en lenguas su honra...
por otra mujer olvidas,
por otro amor abandonas...
¡Adios por siempre, y que nunca
te recuerde tu memoria
que hubo un tiempo en que te amaba
la que tal vez ya te odia.

JUAN. Detente, mujer, detente,
¿qué poder tiene tu boca,
que su acento lisonjero
mi voluntad aprisiona?
Ven, escucha; yo te amo
cual la tierna mariposa
ama la luz en que muere;
cual las aves á la aurora;
como la flor al rocío,
cuyas cristalinas gotas
dan á sus pétalos mústios
de perlas rica corona:
como el ruiseñor sensible
ama la nocturna sombra;
como idolatra á su patria
el que de ella ausente llora.
Y ahora que mi afecto puro
ves, tapada misteriosa,
¿no dejarás ver tu rostro
á aquel que tanto te adora?

AUR. Cuando yo segura esté
de tu amor.

JUAN. Pruebas te sobran.

AUR. No, don Juan, porque te encuentro
en la casa de tu Aurora.

JUAN. Es verdad; mas no me trajo
el amor sino la cólera...
y no pensaba encontrarte.

AUR. Es que yo te sigo á todas
partes, y donde tú vayas
estaré como tu sombra:
y cuando vea don Juan,

que ese proyecto abandonas
de casarte con mi amiga,
á quien buscabas ahora,
verás mi rostro, y verás
que no es ella más hermosa,
y en tanto de aquí te aleja.

JUAN. Bien, obedezco.

ESCENA XII.

DICHOS y CAMILA por el foro.

Sale Camila por el foro precipitadamente con una luz, que dejará encima de la mesa, y acercándose á Aurora habla con ella aparte. Es de noche.

CAM. (Señora,
don César.)

AUR. (Cómo?)

CAM. (Ya sube.)

AUR. (Deteniendo á D. Juan que se dirigia á la puerta del foro.)
Don Juan, si estimais mi honra
en ese cuarto escondeos,
importa que me halle sola
mi hermano que llega.

CAM. ¡Vamos!

JUAN. Os obedezco.

CAM. Qué posma!
(Váse D. Juan por la primera puerta izquierda.)

AUR. Toma el manto... que entre César,
y tú alerta.

CAM. ¡Qué tramoya!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIII.

AURORA y D. CÉSAR.

CESAR. ¡Aurora!

AUR. ¡Mi César!

CESAR. Por qué, di, en mi pecho,

al verte germinan
pesares acerbos?
¿por qué tan dichoso
cual fuí en un tiempo,
no soy, bella Aurora,
en este momento?
¿por qué al contemplarte,
por qué dudo y tiemblo?
por qué una sospecha
indigna no ahuyento?

AUR. Sospechas, ingrato?
¡dudar de mi afecto!
¿no sabes que ha sido
tu amor el primero?
de mi alma constante
el único fuego?
Tu amor es mi vida,
él préstame aliento
en este combate
que rudo sostengo.

CESAR. ¿Por qué?

AUR. Pues no sabes
que triste hoy espero
al noble Mendoza,
mi esposo? Por eso
te llamo.

CESAR. Me llamas
por ver mi tormento?
¿Qué quieres? decirme
que en vano ya espero?
que acatas el justo
mandato paterno?
que fué mi ventura
fantástico ensueño?
que olvide los dulces
de amor juramentos,
que labios perjuros
falaces mintieron?
que asista á tu boda
alegre, sereno?
que en brazos te vea
feliz de otro dueño?...

No... no. No lo esperes
jamás. Si te pierdo,
sabré la venganza
tomar con mi acero.

AUR. ¡Oh César! la lengua
deten por los cielos.
¿No ves que me ofendes
y no lo merezco?
Si ya no te amase
mudable mi pecho,
dejárate en Flandes.

CESAR. Perdona... mas temo...

AUR. Temor infundado...

ESCENA XIV.

DICHOS y CAMILA.

CAM. Señora, don Pedro:
al léjos le he visto
y viene...

CESAR. Me ausento...

AUR. Adios, César mio!...

CAM. Quizás no haya tiempo.

CESAR. Entónces me escondo
aquí.
(Va á esconderse en el cuarto en que está D. Juan, Aurora, rápidamente se interpone y le detiene.)

AUR. No! no!

CESAR. ¡Cielos! (Con despecho.)
¡Qué más necesito
saber...

AUR. (Suplicante.) No te ofendo.

CESAR. Adios fementida,
por siempre me alejo. (Váse por el fondo.)

ESCENA XV.

AURORA y CAMILA.

AUR. ¡Se va dudando de mí!
¡No sabe cuánto le quiero!

CAM. Y qué hacemos con el otro?
AUR. Voy á sacarle al momento,
dame el manto... con el manto...
CAM. Ya sé: lloverán enredos.
(Entra Aurora, poniéndose el manto en el cuarto en que está D. Juan.)
Y don César viene aquí
(Mirando por el foro.)
con mi señor.—No le espero. (Váse.)

ESCENA XVI.

D. CÉSAR y D. PEDRO.

PEDRO. ¿Qué vinisteis á buscar
en esta casa?
CESAR. (Confuso.) Don Pedro...
Yo vine...
PEDRO. Decid, quién sois?
Á qué vinisteis?...
CESAR. (No acierto...—
Salve el honor de una ingrata,
aunque mienta un caballero.)
Señor, soy don Juan Mendoza.
PEDRO. ¿Vos?
CESAR. Vuestro futuro yerno.

ESCENA XVII.

DICHOS, AURORA con manto, y D. JUAN, despues GIL.

PEDRO. Qué decis?... pero qué miro?
¡La tapada!
JUAN. Nos cogieron!

CANTO.

PEDRO. Vos, caballero, quién sois? (Á D. Juan.)
JUAN. Don Juan Mendoza.
PEDRO. Qué es esto?
Qué es esto? quereis burlaros?
Don Juan! don Juan! salid presto.

GIL. Aquí estoy: ¿qué me quereis?
(Soy don Juan, no me arrepiento.)
PEDRO. Confundios de vergüenza,
caballeros embusteros;
vos, tapada del demonio,
causa de estos embelecos,
que os hallo cuando no os busco,
cuando os busco no os encuentro,
mostrad el rostro, y decid,
por qué estos hombres vinieron
á mi casa.
AUR. No lo sé...
PEDRO. Por Dios, la paciencia pierdo.
CESAR. Yo tambien, que no es posible
tener paciencia con celos.
AUR. Mas si quereis que os lo diga,
podré adivinarlo.
PEDRO. Quiero.
AUR. El que se llama
don Juan Mendoza,
por una dama
ha entrado aquí:
por una dama
que no es Aurora,
á quien adora
con frenesí.
Qué decis? qué decis.
PEDRO. Él vino. } por Aurora.
GIL. Yo vine }
AUR. (Ap. á GIL.) (No sois don Juan, sois Gil.)
CESAR. Yo vine por Aurora.
AUR. Vos la verdad decis.
PEDRO. No entiendo una palabra
de lo que pasa aquí.
JUAN. Gentil tapada,
que el alma mia
busca apenada,
¿quién eres, dí?
Sin conocerte
tu amor imploro,
por fe te adoro
con frenesí.

CESAR. El alma mia
la paz recobra:
sospecha impía,
huye de mí.
Perdona amante,
perdona, Aurora,
á quien te adora
con frénesí.

PEDRO. Necia tapada,
qué enredo es este?
Mujer taimada,
revela, dí.
Que ya de rabia
tiemblo y me abraso:
peligra acaso
mi honor aquí.

GIL. Necia tapada,
que Dios confunda,
¿por qué taimada
me odias así?
¡Ay, me delatas!
y de esta suerte
buscas la muerte
del pobre Gil.

HABLADO.

PEDRO. Tapada, explica este enredo,
que ya me ciega la ira.
Quién es don Juan?

AUR. El señor.

PEDRO. Y este? (Señalando á D. César.)

AUR. Acuña se apellida,
ama á Aurora.

CESAR. Y mi pasion
es, señor, correspondida.

AUR. Es verdad.

PEDRO. ¡Viven los cielos!
que calumniaste á mi hija
y de aquí no has de salir.
Dí quién eres.

AUR. Un enigma.

PEDRO. Pues yo lo descifraré...
AUR. Sólo el amor me descifra.
PEDRO. De este modo.
AUR. Deteneos.
(D. Pedro le quita el manto, Aurora se vuelve rápidamente hácia donde está D. Juan y apaga la luz.)
JUAN. ¡Oh, belleza peregrina!
PEDRO. Qué es esto? luces al punto,
que nadie salga. (Desde la puerta del foro.)
AUR. (Ap. á Gil, muy rápido.) (La vida
quiero salvarte; ven, sígueme
y haz...
GIL. ¿Qué?
AUR. Lo que yo te diga.)
(Vánse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XVIII.

D. JUAN, D. CÉSAR, D. PEDRO, AURORA, por la primera puerta izquierda, con una luz y sin manto; y por el fondo criados, tambien con luz.

PEDRO. ¡Se ha marchado!
JUAN. ¡Se ha marchado!
AUR. ¡Qué sucede!
PEDRO. Hija querida,
retírate, tú no puedes
saber estas cosas, hija.
AUR. Es verdad... pero es el caso
que ya conozco esta intriga,
que ya sé quién es don Juan.
PEDRO. Se fué.
AUR. El que se fué mentia.
PEDRO. ¿Cómo?
AUR. El señor es don Juan.
PEDRO. Dispensad si no sabia...
JUAN. Es verdad... (Bella es Aurora,
mas la tapada es divina.)
PEDRO. Pero quién te ha referido?...
AUR. La tapada, que afligida
refugióse en ese cuarto.
PEDRO. Pues entremos.

AUR. Os suplica
que espereis un sólo instante,
hasta que todo os lo diga.—
Ella dice que es amada
de don Juan.

PEDRO. ¡Calumnia inícua!
Don Juan es muy caballero...

JUAN. Sí... pero... (Fuerza es que elija...
Aurora tiene otro amante...
y...)

PEDRO. Qué decís?

JUAN. Que la dicha
no está donde la buscamos,
y aunque promesas me ligan,
yo ignoraba que otro amante
vuestra hija Aurora tenia.

PEDRO. No es verdad.

JUAN. Como lo digo;
la tapada...

PEDRO. Tú, hija mia,
desmiéntele.

AUR. Sí, lo dijo
(Con maliciosa inocencia.)
la tapada...

PEDRO. (Con asombro.) Qué, tenias
otro amor!

CESAR. Señor don Pedro...

PEDRO. ¡No oigo!

CESAR. Deponed la ira:
noble soy, dadme su mano,
único bien que codicia
mi pecho.

PEDRO. Qué dices?

AUR. Yo
obedeceré sumisa
la voluntad de mi padre.

PEDRO. Te comprendo: si es la misma
que la tuya.

AUR. Qué decís? (Con cariño.)

PEDRO. Cásate y Dios te bendiga.

CESAR. ¡Oh, ventura!

PEDRO. Vos, don Juan,

entrad por esa escondida,
y marchad enhorabuena,
que á fe que no os tengo envidia.
(Acercándoso á la primera puerta izquierda.)
La habitacion está oscura.

AUR. Llamadla.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y GIL que sale con manto.

JUAN. (Desde la puerta.) Tapada mia...
GIL. (Dentro.) Allá voy.
JUAN. Dadme la mano.
GIL. Tomad.
PEDRO. (¡Lograré su vista!)
JUAN. ¡Qué miro! viven los cielos! (Al ver á Gil.)
Bellaco...
AUR. (Deteniendo á D. Juan.) Calmad la ira.
GIL. ¡Favor! socorro! señores.
PEDRO. Mas quién dirige esta intriga?
AUR. Ya veis.
PEDRO. Tú!! tan inocente!!
AUR. Sí señor, yo tan sencilla.
JUAN. Bien hayan estos enredos
que de tal mujer me libran.
PEDRO. Una cosa me consuela,
que de hoy más sabré mejor
que en los asuntos de amor
la que menos corre vuela.

CANTO.

TODOS. Y es la verdad!
que las mujeres nacen
sabiendo ya engañar.
(Cae el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.